

# Cantar: evocación y ser

*Berta Esther Fernández-Muñiz\**

El que escuche mi cantar  
dirá que estoy muy contento.  
Yo canto por no llorar  
esta pasión que yo siento,  
y que no puedo olvidar.

*El Tariácuri*

JUAN MENDOZA

Cuando tengo miedo, canto. Cuando siento angustia, canto. Si estoy alegre, canto. Si quiero gritar, canto. Si quiero susurrar, canto. Si amo, mi erotismo me hace cantar.

Es como un grito que arranca de mi garganta y que me hace sentir que estoy aquí, que soy alguien, que estoy presente.

Mis cantares son parte de mí misma, tanto... que no recuerdo cuando empecé a cantar.

Dice la leyenda familiar que balbuceaba canciones antes de hablar. Debe ser cierto, o más bien me gustaría que lo fuera. Porque cantar soy yo, y yo, no soy sin cantar.

Fui la menor de cuatro hermanos. Cuentan que cuando iba a nacer, mi padre deseaba un varón, ya que tenía dos hijas y un solo hijo hombre. Cuentan también que presto supe ganar su corazón –el de mi padre– y que más tarde se sentía complacido de que su última hija hubiera sido mujer. ¿Será verdad todo esto? ¡Yo quisiera que lo fuera! Mi hermano narraba lo del desencanto y mi madre lo del amor.

El caso fue que llegué a una casa completa. Fui la no buscada y la que recoge las minucias del hogar. Ese era mi sentir, creyéndome relegada por no haber llegado a este mundo en el lugar privilegiado del hermano mayor.

Mis dos hermanas poseían la belleza y la inteligencia. Mi hermano fue el varón: ¡con eso era suficiente! Y así las cosas yo me preguntaba: ¿qué me dejaron? ¿qué me tocó en el reparto? Tiempo pasó para que me percatara de que cada quien tiene lo suyo, su

\* Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación, UAM- Xochimilco.

espacio y su tiempo. En ello, mi voz y mi cantar tuvieron capital importancia en mi vida infantil y postrera.

Mi madre cantaba muy bien. Yo gozaba escuchándola... y mi padre también disfrutaba al oírla.

Cuando nos cantaba a los hermanos para dormir, yo quedaba largo rato despierta, embelesada, sintiendo su ternura y la pasión de su voz, que me impedía el sueño.

Ya había muerto mi padre cuando un día, siendo una niña, me dí cuenta de que sabía cantar. Y fue mi canto lo que me hizo especial ante los otros. Ya no necesitaba belleza ni inteligencia, porque tenía LA VOZ. Estaba convencida de que había sido herencia directa de mi madre; que al cantar como ella, aunque no pude vivirlo, sabía que ganaba el amor y la admiración de mi padre. Y allí, muy escondido dentro de mi alma, el deseo de lograr la preferencia del padre, porque además, año con año mi parecido físico con ella se fue haciendo notorio. Mi voz me hacía recuperarlo y servía de agente seductor en esa lucha por hacer al padre mío, solamente mío, y de nadie más. Al cantar tomaba el lugar de mi madre en aquella, mi fantasía infantil.

Ella me enseñaba a cantar... y cuando lo hacíamos juntas, era para mí como estar fundida en una sola, para alcanzar así lo sublime y glorioso del amor edípico en todo su esplendor. En la fantasía de un padre ausente, desaparecido en una guerra cruenta como lo fue la guerra civil española; pero presente en mí, sin concebirlo muerto, esperanzada de su regreso y esperanzada por corroborar ese amor suyo, que no pude disfrutar mas que en mis sueños y a través de los sueños de mi madre.

Mis cantares, entonces, me acercaron también a mi madre de manera singular. Ella mostraba con frecuencia el orgullo que sentía por la voz de su hija. Y me pedía que le cantara tal o cual canción, y que cantara ante los amigos con quienes gustaba presumirme. ¡Nunca más volví a tener un apoyo igual!

Mis cantares también me permitieron lograr una dulce comunicación con mi abuelo materno. Hombre de pocas palabras, y más pocas aún, las palabras amables, sobre todo con los suyos, a quienes trataba con dureza. Su rigidez, cruel en muchas ocasiones, contrastaba con su gallardía y su hermoso talante. Nadie podía conversar con él, nadie podía acercársele... pero a mí me llamaba algunas noches para cantar con él, a su lado y conmigo. Tenía buena voz de

barítono y buena entonación a pesar de sus años. Con él aprendí canciones de principio de siglo, románticas y tan tiernas que me parecía imposible que las cantara en su juventud y con tanto sentimiento:

Al amanecer verás  
 los rayos del sol salir,  
 las estrellas relucir...  
 ¡Ven, niña ven!  
 que mi vida sin tí  
 es triste y melancólica...  
 Ya no puedo sufrir más: ¡muero por tí!...

Me enseñaba las canciones con paciencia, y le gustaba que las cantáramos a duo.

Con el abuelo fui también la elegida y privilegiada gracias al cantar. Ningún nieto logró semejante cercanía; aunque cuando decidía terminar la tertulia musical, resurgía en él aquel hombre impenetrable e insensible.

La primera vez que pisé un escenario fue en mi lejano pueblo de Villavaler; esa pequeña aldea de la siempre verde montaña asturiana, en donde mis padres eran entonces los maestros y en donde yo nací.

Mi padre y mi tío –también maestro– organizaban la puesta en escena de obras de teatro en las que los actores eran los propios lugareños. Se escogían obras de Federico García Lorca, de los Hermanos Álvarez Quintero y de Alejandro Casona –a la sazón, amigo de mi padre– entre otros autores.

Un día, quién sabe el porqué, había que entretener a la concurrencia por tal vez algún percance en la escenografía, por el retraso de alguno de los actores o por quién sabe qué otra cosa.

Mi padre me empujó hacia aquel escenario improvisado y me dijo: ¡canta o dí algún poema! Yo tendría entonces tres y medio o cuatro años de edad. No sabía aquel poema que tanto me gustaba, pero sí conocía “el argumento”; así que... conté lo que le pasaba al pastorcillo aquél, nacido del ingenio de José María Gabriel y Galán:

He dormido esta noche en el monte  
 con el niño que cuida mis vacas.  
 Y en el campo tendió para ambos,

el rapaz, su raquílica manta.  
Y se quiso quitar, ¡pobrecillo!  
su camisa, y hacerme una almohada...

Desde entonces me conmovía este poema. Me enternecía la vida del vaquerillo, allá en el monte, en donde los lobos aúllan, con un aullido que causa miedo en las frías noches de invierno asturiano.

Lo extraño para mí de aquella noche ¡aún hoy lo recuerdo! fueron las risas que provocaba mi relato. Aquel relato que me embriagaba, no sé si de dulzura o de dolor, pero sí de tragedia, la tragedia del niño que desde tan pequeñito tiene que trabajar lejos del hogar, en la soledad del monte, solo, con las vacas por compañía y con la necesidad de procurarse sustento para él y para su familia.

Mi padre me sacó del escenario casi sin terminar mi historia. Todo estaba en orden y la función ya iba a comenzar.

Yo estaba engolosinada con la atención que había logrado en los otros y con lo emotivo de la historia. Aplaudieron mucho... y rieron más.

No hay mucha diferencia entre la actuación teatral y la cantada, ambas son formas de actuar, de representar una bella farsa.

El cantar comienza desde que escoges una nueva canción o escuchas alguna que desde el primer instante la haces tuya. La canción debe decirme algo, ser significativa para mí, tanto la melodía como la letra que la acompaña. Parte del embrujo del cantar se encuentra en su estudio, en los ensayos y en la búsqueda de una interpretación: *la mía*. Sentirme inmersa en una letra y una música que siento escrita para mí. Es un proceso fascinante que forma parte del hechizo que significa el estudio y conocimiento de cada cantar.

Y después, un día, la entonas ante un público, en un escenario. Allí expresas tu dolor, tu alegría, tu frustración y tu sensualidad. Es la pulsión desencadenada que surge de mis entrañas para hacerse soplo que hace vibrar mis cuerdas vocales y lanzar mi grito de pasión.

En ese momento estoy sola con mi cantar, sin soledad y sin carencias. Estoy plena en mí, conmigo y para mí. Gritando por mi amor o por mi desamor, por mi soledad cotidiana, mi desventura y también mi alegría de vivir. Porque cantar es estar viva y vibrar. Es

mi verdadera expresión, es estar alerta con todos mis sentidos a flor de piel. El corazón late más aprisa, con más fuerza; y la sangre corre velozmente por mis venas. Y en esa ocasión amo la vida, y no quiero perderla, porque quiero seguir cantando, porque cantar bajo esa fascinación es como un placer orgásmico que me hace creer sublime, al gozar ese instante de frenesí.

En esa soledad tan concurrida, dirijo a alguien mis canciones, esté o no esté presente. A alguien a quien amo, a alguien a quien quisiera enviar un mensaje de amor, que con la palabra hablada y directa no me atrevería. Le canto también a mi presente y a la nostalgia de mi pasado. A mi tierra y a mis pueblos que son muchos, a mi gente, y a mis amores actuales o perdidos.

A veces, cuando casualmente mis ojos se encuentran con otros ojos atentos a mi voz y mi figura, oriento hacia ellos mi canción. Porque la mirada del otro me hace SER, me hace ser alguien. Ya lo dijo Antonio Machado alguna vez: “encontrar unos ojos en que mirarme para ser alguien...” Yo también necesito unos ojos en que mirarme.

Alguien soy cuando estoy cantando, porque soy a través de la mirada de ese otro.

En ocasiones son miradas que quisieran poseerme, otras son miradas de ternura o miradas que censuran mi pasión desbordante. Pero miradas al fin, que me hacen estar aquí, ahora y presente.

Para mí, cantar es algo más que una catarsis porque la rebaso más allá de la salida momentánea o pasajera de una emoción que luego se pierde en el olvido. Porque cantar, lo reitero, es estar viva, es vivir plenamente y en forma magistral, antes y después de una presentación o de un recital.

Como si no tomaras conciencia, de repente estas ahí, en el escenario. Las luces cegadoras y el corazón en un hilo, en un juego masoquista y anhelante, con una zozobra que temes y deseas a un tiempo. ¿Cantaré bien? ¿Olvidaré la letra? ¿Perderé el compás? ¿Me traicionará la garganta o la respiración? Es un segundo de ansiedad indescriptible.

Empiezan las primeras notas de la guitarra, evoco el comienzo de la letra y empiezo a cantar. La voz surge cristalina y diáfana, la letra llega sola a mi memoria... y aquella ansiedad queda atrás para dar entrada al deleite de la música.

Ya no oigo ni veo otra cosa que la guitarra y las notas que de ella surgen. Me sumerjo en ese embrujo que me da excelsitud, aunque solamente sea en la ficción; que desdobra mi personalidad y ya no soy la misma, excluida aquella otra yo depresiva y triste que deambula por la vida.

Recobro la alegría de soñar y el gozo absoluto de un extraño placer apacible y vehemente, lleno de sensualidad y de erotismo. La magia de la farsa escénica, con el cantar (mi cantar) deja de serlo para convertirse en realidad.

A veces, quién sabe el porqué, logro proyectar todo lo que siento en una comunicación directa con quienes me escuchan; otras veces mis sentimientos quedan aprisionados en mí, en un narcisismo puro e imperceptible ante los otros, donde la recreación es solamente mía y pareciera que no quiero compartirla con nadie, tal vez por el temor de perderla.

En una u otra ocasión, lo que se mantiene constante es el placer de cantar. Un placer que conservo por horas, como una aureola que me acompaña durante varios días, como si empezara iotra vez! a renacer.

A la muerte de mi madre, años ha, mi cantar se convirtió en un torbellino de sentimientos y actitudes –no evidentes hasta entonces– que me transformaron en la incomprendida familiar. Porque se hace incomprensible tanto afán por algo que en apariencia te dá tan poco y que en cambio, te esfuerza tanto. Te vuelves el extravagante, el extraño, el espectacular y el loco, con un trastorno sólo conocido entre aquellos a quienes llaman artistas, no como alabanza, sino como sinónimo de locura; una locura semejante a la locura de amor y como tal...¡Qué locura tan hermosa!